

LA NOCHE DE LAS BEGUINAS

ALINE KINER

LA NOCHE
DE LAS BEGUINAS

Traducción de Lucía Dorin



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *La nuit des bégüines*

Diseño de la cubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: marzo de 2024

© Aline Kiner, 2023
© de la traducción Lucía Dorin, 2023
© Éditions Liana Levi, 2017
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputación, 262, 2º, 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-6233-6

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 1139-2024

Impreso en España

*A mi padre, siempre aquí.
A Thomas.*

En este barrio de París que llaman le Marais, el pantano, en la esquina de la calle Charlemagne y la calle de los Jardins-Saint-Paul, se erige una torre resquebrajada. Marca el extremo norte de una muralla de más de ochenta metros de largo, reforzada por una segunda torre. Allí se encuentran los vestigios de una fortaleza construida a fines del siglo XII por el rey Felipe Augusto para proteger la ciudad; un recuerdo de las guerras medievales sobre el que se apoyan hoy los edificios del liceo Charlemagne. En su extremo sur, el muro se encuentra con la calle del Ave María, por el nombre del convento que, antes de la escuela, ocupaba el predio. Pero en el siglo XIV tenía otro nombre. Se llamaba la «calle de las Beguinás».

Ese cuadrilátero, cercado por callejones empedrados de gris, donde el ruido de la ciudad se atenúa, dejando el aire libre a los gorjeos de los pájaros, a los gritos de los niños que juegan a la pelota, a las risas de los adolescentes, varones y mujeres mezclados, a sus voces fuertes y sin ataduras, albergaba entonces —muchos lo ignoran— una institución única en Francia: el gran beguinaje de París. Fundado por Luis IX. San Luis.

En ese lugar, y en los barrios de los alrededores, vivieron durante casi un siglo unas mujeres notables. Inclasificables, inasibles, rechazaban tanto el matrimonio como el claustro. Rezaban, trabajaban, estudiaban, circulaban por la ciudad a su antojo, viajaban y recibían a amigos, disponían de sus bienes y podían legarlos a sus hermanas. Independientes y libres, en una libertad que las mujeres no habían conocido hasta entonces, y que no conocerían sino muchos siglos más

tarde. No todas fueron conscientes de ello. Pero algunas lucharon por conservarla.

Durante años, recorriendo las calles del Marais, busqué sus huellas. Día tras día, vinieron a mí, sombras fuertes y livianas. Escuché sus risas y sus cantos, el ruido de sus pasos sobre el empedrado; sentí sobre mi piel ese mismo sol que las hacía entrar en calor, y, en mi nariz, el olor del río tan cercano. Soñamos, temblamos, caminamos codo a codo. Como compañeras que el tiempo separa, pero cuyos deseos, miedos y rebeliones se armonizan en un mismo eco.

1 de junio de 1310

Si no fuera por el silencio, se podría pensar que era un día de fiesta.

Se ha reunido una multitud en la plaza de Grève en ese lunes que precede a la Ascensión. Todos los habitantes del casco urbano. Los comerciantes y los funcionarios, los burgueses y los artesanos, los estudiantes y los clérigos, los soldados, los mendigos, los palanquines y los peones que se habían acercado al puerto a ofrecer su mano de obra. El calor de los cuerpos apretados, su olor. Pieles mugrientas y alientos corrompidos que mezclan sus exhalaciones con el hedor que viene de la calle de los curtidores y con el perfume fangoso del río. En los vanos de las bellas viviendas que rodean la plaza se asoman, de pie, las damas y los gentilhombres vestidos de colores vivos.

Los clamores y los gritos, los cantos de apoyo a los barqueros y a los sportilleros se han acallado en una larga y rebosante ola. Detrás del rumor de la chusma, sólo se percibe el chasquido de la madera sobre la piedra –los barcos golpean su panza contra la playa– y el chapoteo del agua, mínimo, apresurado.

Todos tienen los ojos puestos en el centro de la plaza, donde se levanta una hoguera similar a las que se erigen, en ese mismo lugar, para las fiestas de Carnaval y de San Juan. Pero, en lugar de máscaras danzantes y de jóvenes aprendices que saltan por encima de las llamas, es una mujer a quien vemos sobre esa hoguera, con los pies descalzos directamente sobre la gavilla, con el pelo negro y una larga camisa adheridos al cuerpo.

Es tan alta, tan frágil que su cuello delgado sobresale por la abertura de tela a través de la cual le hicieron pasar la cabeza. Se mantiene erguida, sin embargo. Y dura. En nada cambiada por los largos meses de cautiverio, los múltiples interrogatorios y el silencio que ha mantenido. Ellos lo tomaron por arrogancia. Pero simplemente no tenía nada que decir. Nada que pudieran comprender.

Un poco más lejos se ha montado una segunda hoguera. Atado a la estaca, desplomado sobre sus piernas, hay un hombre con el rostro desfigurado. Un judío acusado de haber escupido sobre las imágenes de la Virgen.

Pero todos la miran a ella.

★ ★ ★

Humbert se encuentra a unos metros de ahí, y por su gran estatura se destaca por encima de la plebe. Quiere acercarse más, hasta ver los párpados cerrados de la condenada y sus rodillas, que sobresalen bajo el sudario con el que está vestida. Empuja con los hombros a la matrona apretujada contra él, se desliza entre los grupos que en un movimiento inconsciente avanzan hacia el centro de la plaza.

De pronto, a su derecha, percibe un empujón similar al suyo. Una silueta menuda, envuelta con una capa gris, se cuela entre los espectadores.

Ahí están los dos, a unos pasos de la hoguera.

El verdugo espera con la antorcha en la mano. Cerca de él, un dominico, de toga blanca y manto negro: Guillaume de París, el inquisidor. Otro hombre lleva espada y sombrero de plumas. Es el preboste. Éste se adelanta y deposita un libro sobre la paja, a los pies de la mujer. Ella inclina levemente la cabeza y abre los ojos de par en par, como sorprendida. En ese preciso momento, el viento sube desde el río. La silueta que se adelanta

paralelamente a Humbert rechaza a la multitud, avanza con paso decidido hacia la hoguera y deja caer su capucha.

Una mata de pelo rojizo se despliega sobre la ropa oscura, despeinada por la brisa.

La torturada vuelve la cabeza. Parece mirar a la jovencita que acaba de descubrirse, y reconocerla.

Humbert la mira también, estupefacto. Nunca se hubiera imaginado encontrársela ahí, menos con ese hábito.

El verdugo da un paso hacia la hoguera. Humbert baja la cabeza, se da vuelta. Sigue con la mirada a la pelirroja, de nuevo cubierta, y a otra muchacha, vestida del mismo modo, que la toma de la mano y la empuja con brusquedad. Luego, abriéndose paso con los hombros, él se vuelve a ir hacia la playa.

Pronto, el olor de la madera y de la carne que se consumen sobrepasa a cualquier otro. Y el grito de la multitud, excitada y compasiva, cubre el grito del hombre en la hoguera. Tal vez también el de la mujer a la que están quemando viva. Nadie puede exigirle que permanezca en silencio hasta el final.

Primera parte

De enero a junio de 1310

«Hay mujeres, entre nosotros, a las que no sabemos cómo llamar, laicas o monjas, pues no viven ni en el mundo, ni fuera de él».

Collectio de Scandalis Ecclesiae
Gilbert de Tournai (hacia 1200-1284)

1

Leonor, su abuela, lo había afirmado. Al ver cómo se vaciaban las chozas de los pueblos cercanos, cómo los jóvenes con los pantalones destrozados y el estómago vacío abandonaban a sus familias y sus parroquias por la ciudad, había dicho a Ysabel: «Llegará el día en que los contornos de nuestro mundo se habrán transformado hasta tal punto que la gente de mi edad ya no podrá reconocerlo. Yo desapareceré pronto, ¡pero tú mantén los ojos abiertos!».

Esa mañana de enero de 1310, Ysabel se levantó cuando los primeros fulgores se filtraban a través de la ventana de su cuarto. Se vistió con ropa de abrigo y, como cada día, se dirigió al jardín. Ahí se acuclilla cerca de un arriate cercado de ramas de ave llano trenzadas, la palma apoyada en la gleba. Sueña con la nueva década que comienza y se pregunta lo que pensaría de esto su antepasada, cuyos huesos se secaron ya hace tiempo en la tierra donde quiso que la enterraran.

¿El mundo ha cambiado? No sabe qué pensar. Ha conocido a tres reyes. Luis IX había muerto mucho antes de que su segundo esposo falleciera y de que decidiera entrar al gran beguinaje. Su sucesor, Felipe III el Atrevido, había muerto a su vez. El 6 de enero de 1286, bajo el rosetón nuevamente plantado en la catedral de Reims, el arzobispo había ungido con el santo crisma la cabeza, el pecho y la espalda de un adolescente de una hermosura vigorosa. Desde entonces, el Hermoso reina sobre ellos. Un caballero, un cazador que, en los momentos más graves

o solemnes, e incluso durante el nacimiento de su hijo Carlos, sigue persiguiendo a sus presas, espoleando a su jauría por los bosques de Orleans, de Halatte, delVaudreuil, de Montargis o de Compiègne. Obstinado, eficaz. Educado en el culto de su abuelo, figura venerada a la que ha convertido, tras un largo procedimiento de canonización, en santo. San Luis.

Con semejante soberano, y bajo la protección de tal ancestro, el reino parece más poderoso que nunca. Lleno de energía. Las ciudades erizadas de flechas y gabletes puntiagudos. Los ríos y los mares surcados por barcos panzudos, con la bodega cargada de vino, de sal y de telas. Desde hace décadas, la tierra de Francia no ha sufrido ninguna guerra importante, ninguna epidemia, ninguna hambruna. ¿Qué podría ocurrirle de malo?

Y sin embargo...

Después del jubileo del 1300, año declarado santo por el Papa —un momento de alborozo y perdón, la indulgencia plenaria prometida a cada uno—, algunos, con la mirada más afilada que otros, han empezado a notar señales en el cielo.

Poco a poco, los inviernos se han vuelto rigurosos. En 1303, una helada quemó la tierra. En el verano de 1305, la sequía achicharró las cosechas en curso. En 1308, el primer sábado después de la Ascensión, una tormenta de nieve, cuya violencia se vio aumentada por la caída de grandes y pesadas piedras, devastó la región parisina. Las siegas perecieron con las semillas, y las viñas, con los racimos. Y el 30 día de octubre de 1309, durante más de una hora sopló un viento tan fuerte que su ímpetu hizo tambalear, del lado oriental, los grandes arcos de piedra de la iglesia Saint-Denis.

Ese mismo año también, el último día de enero, precisamente a la una y veinticuatro minutos de la tarde, el sol se conjugó con la luna en el grado veinte de Acuario antes de desaparecer. El eclipse duró más de dos horas. Por encima de su jardín, Ysabel vio el aire colorearse de rojo y de azafrán...

¿Qué hay que deducir de todo eso? La anciana suspira. Bajo sus dedos, la superficie de la tierra cruje, endurecida por la helada. Rasca la corteza fría, hunde la mano, atrapa un terrón y lo amasa con benevolencia hasta encontrar la elasticidad y el calor del humus. Triturado por sus dedos, exhala el buen aroma del estiércol que ella ha esparcido antes de las primeras heladas: guano de vaca, abastecido por un campesino del pantano, y paja para que se pudran juntos. Ojalá que llegue pronto la primavera, sueña ella, la tierra será generosa. En ese pequeño mundo donde ha elegido vivir, los cambios parecen tener tan poco control.

Se queda todavía un momento aspirando el penetrante aroma. Por fin apoya las manos sobre sus muslos y se pone de pie; siente la rigidez de las piernas.

El jardín está instalado contra el flanco sur de la capilla. Rodea sin prisa el edificio bajo, construido sobre sus contrafuertes de calcáreo claro —todavía le queda tiempo antes del oficio de la mañana—, y desemboca en el patio alrededor del cual se apretujan las viviendas de sus compañeras. A través de las persianas entreabiertas, percibe el halo de las lámparas de aceite y las velas, las siluetas que se mueven, el tintineo de los recipientes y las cubetas.

Todo es tan tranquilo en este lugar... No ha olvidado su sorpresa cuando empujó el portal por primera vez. Agotada por un viaje de diez días desde su Borgoña natal, dolorida por los traqueteos del carruaje y las noches en malos albergues, aturdida después de su travesía por París.

No conocía la ciudad, entonces, salvo Autun, donde residía uno de sus parientes. París le había parecido un monstruo. Un ogro con la ropa tornasolada, con una vitalidad alegre y poderosa, pero con el aspecto aplastante y el aliento fétido. La multitud abarrota las calles estrechas, ensombrecidas por los voladizos; los pórticos y las galerías suspendidas; los clamores de los comerciantes en sus talleres; los gritos de los mercaderes de gofres y

obleas; los puestos encumbrados de los zapateros, sombrereros, ropavejeros, asadores que desbordan por el empedrado; los fardos cargados en la espalda de los hombres o arrastrados en carros; los animales que los empujan; caballos, cerdos y perros vagabundos; el barro, la suciedad y los desperdicios; el espantoso olor de las bacinillas de excrementos lanzadas casi sobre los pies de los transeúntes. Una vez que se cerró el portal, con la cabeza todavía zumbando, Ysabel creyó haberse sumergido en un agua quieta, tan profunda es la calma que reina en el recinto.

El solar es un oasis en el interior del casco urbano, un enclave bien defendido. Apoyado sobre la muralla este de la ciudad, resguardado al norte por las altas viviendas de la calle de Poulies-Saint-Paul. Protegido también al oeste por varias filas de edificios a lo largo de la calle del Fauconnier, donde está la entrada. Preservado al sur del río y de su tráfico por la poderosa torre Barbeau, cuyas cadenas barren el Sena hasta el castillo de la Tourneille, en la otra orilla, y defienden París. Una plaza fuerte, mas sin las voces viriles del acuartelamiento. Una ciudadela para las mujeres, no una prisión.

Escuchó un roce de alas —un carbonero que se posaba sobre el frontón de una casa— y, a través de una ventana, voló la risa de una jovencita... Recuerda haber levantado la mano hacia el cielo amurallado y luminoso.

★ ★ ★

De pie en medio del patio, ahora tiembla. Incluso al abrigo de los muros, el frío es cortante y el viento logra escurrirse a lo largo de las piedras resplandecientes de hielo. Extraída de su ensueño, se ajusta al cuerpo la mantilla de lana y se dice que es tiempo de prepararse para el oficio cuando un grito proveniente de la calle la detiene.

—¡Mi leche, mi buena leche!

El primer clamor de la mañana, al que le sucederán los del pregonero de baños y los del pregonero de vino, los horticultores y luego la vendedora de legumbres del pantano. El canto de la ciudad.

Ysabel duda. Se dirige hacia la puerta. Un cuenco cremoso, recién salido de la ubre de la vaca. Con qué curar la nostalgia del campo que la embarga al salir de su jardín...

La conserje está en su pequeña casa, cerca de la entrada. La anciana beguina golpea la puerta. Guillaumette aparece, el busto le cae sobre sus anchas caderas.

—Voy a comprar un poco de leche, ¿quieres?

Guillaumette sonrío, empuja la llave en la cerradura, pero la puerta se resiste. La guardiana apoya el hombro, y al abrir se tropieza con una silueta acurrucada en el exterior contra el marco.

Es un niño flaco, vestido con una esclavina sucia, el rostro disimulado por su capucha; un mendigo, sin duda, que espera la caridad de las buenas mujeres del beguinaje.

Guillaumette esboza un gesto, pero Ysabel la detiene.

Bajo el mentón anguloso, que el niño presiona contra su cuello. Se escapa un mechón de pelo, largo y pelirrojo.

Ysabel se inclina, acerca su mano al cuerpo hecho un ovillo.

—Ven, pequeña, debes estar congelada con este frío.

2

El viudo llegó solo; se arrodilló en la primera fila. Frente a él, las jovencitas se reagrupan y se apretujan, con los ojos fijos en la directora del coro. Golpeteo de tacos sobre la piedra, roce de telas ásperas. Se aclaran las gargantas. Silencio. Surge una voz, solitaria, vibrante.

—«Oh combatientes de la flor, nacidos sobre una rama sin espinas, ustedes son la voz del mundo...».

Ade cierra los ojos. Un viento glacial se escurre bajo su vestido y le eriza la piel a pesar de las medias de lana. Contrae los pies. Con los músculos endurecidos y la mente teñida de cansancio, trata de seguir el canto, de deslizarse en el ritmo lánguido de las sílabas largamente estiradas, moduladas al infinito. Pero las palabras de la carta que ha recibido el día anterior golpean en su cabeza.

Sus ojos están cerrados, pero siente la presencia del hombre delante de ella, su silueta pesadamente vestida con un abrigo forrado de petigrís. Lo conoce. Es uno de los más generosos donantes del beguinaje, un escabino del casco urbano que, una semana antes, perdió a su mujer al dar a luz. Pidió que el coro permaneciera después del oficio para cantar en su memoria las antifonas que a ella tanto le gustaban. Todas se sintieron muy emocionadas. Ella misma debería estarlo, pero la proximidad con el viudo le impide concentrarse en el canto. Le parece oler, mezclados con el perfume azucarado de la cera que se escurre de las velas, los efluvios almizclados que brotan de su pelliza, o tal vez de su barba, que advierte tupida y negra.

Una pausa, breve. La voz de la solista sigue suspendida. Y, luego, el coro entona a su vez la estrofa. Las voces juveniles se despliegan, se juntan. Una línea pura bajo las bóvedas de la capilla.

Ade se concentra en las voces. Recuerda aquellas otras que la acunaban durante las horas de descanso, en el convento donde, de niña, la habían enviado para terminar su educación. El eco de sus plegarias se deslizaba a través de los muros de su celda, más luminoso que el rayo reducido por la estrecha lucerna.

¿Tenía conciencia, entonces, de la paz que le ofrecía ese mundo riguroso? Las deambulaciones silenciosas de las monjas en las galerías del claustro. Los oficios y los salmos que equilibraban el tiempo, escandiendo las horas diurnas y nocturnas. Las mañanas apacibles en el *scriptorium* perfeccionando el latín, manipulando la pluma de oca o mirando a las copistas trabajar bajo dictado, atenta a las voces de las lectoras, al rascado de las plumas de vuelo sobre el pergamino, al olor metálico de la tinta.

Le hubiera gustado regresar a ese lugar donde, sin entenderlo, había sido feliz. El beguinaje es un compromiso, y, mientras tanto, en el centro de ese mundo susurrante de risas, plegarias y gestos de lo cotidiano, tiene conciencia de vivir al margen. Obtuvo una vivienda retirada, contra la muralla. Ahí pasa largas jornadas silenciosas, compartiendo las tareas de la casa con una joven y discreta criada. El resto del tiempo lee y medita. Pero es difícil aislarse de verdad en este recinto donde varios cientos de mujeres conviven sin la armonía que impone la regla de los conventos. Tan diferentes las unas de las otras.

El coro se ha callado. Una voz solitaria se eleva, punzante:

—«Porque estoy rodeada de una manada de perros...

—... una horda de gentes malévolas me ataca —responde el coro.

—Atraviesan mis manos y mis pies....

—... no puedo contar cada uno de mis huesos» —concluye el coro.

Antífonas y responsorios se alternan, el canto vibrante de la solista dialoga con el tono agudo de las jovencitas. La mayoría ha aprendido el arte del canto en la escuela del beguinaje. El coro es famoso en todo París. Muchos son los gentilhombres y los burgueses que lo mencionan en sus testamentos, pidiendo a cambio plegarias y vigiliias para el reposo de sus almas.

—«Salva mi alma de la espada, oh, Dios...

—... y de la mandíbula de los perros, mi vida.

—Sálvame de las fauces del león...

—... y de los cuernos del unicornio, salva mi humildad».

La humildad. El hermano de Ade piensa que a ella le falta. Ya tiene veinticinco años. ¿A cuántos maridos podrá seguir rechazando? Él se impacienta. Cada frase de su última carta está crispada de impaciencia. No entiende su pena.

El hombre delante de ella se mueve con pesadez sobre el reclinatorio. La madera rechina. Es gordo, aunque joven todavía. De esos comerciantes que se pasan el tiempo sentados en su mesa manipulando dinero y alimentos. Es por hombres como él que su esposo está muerto, arrojado al suelo, abatido en el lodo como un cerdo.

Ade se aprieta los brazos y los puños cerrados contra el vientre.

—«Oh combatientes de la flor, nacidos sobre una rama sin espinas, ustedes son la voz del mundo...».

El coro ha retomado el comienzo de la antífona. Las tesituras se han desarrollado en plenitud; la garganta de las cantantes se ha calentado, liberándose de las inflexiones vibrantes que, con la espiración, nacen en sus pechos para brotar de sus labios.

—«... rodeando las regiones de sentidos perdidos...».

Las sílabas se encadenan, dibujan en el espacio espirales amplias y continuas, envolviéndose las unas a las otras, enrulándose como lianas alrededor de las columnas de la capilla, siempre más alto.

Pero el cuerpo de Ade permanece pesado; su alma, amarga.

3

Pasaron un día y una noche. Todo ese tiempo, la pequeña se quedó hecha un ovillo sobre su cama. Con la ayuda de Agnès, su asistente en el hospital, Ysabel quiso desvestirla. La niña transpiraba de fiebre. Los miasmas que exhalaban sus harapos húmedos no podían sino debilitar aún más su organismo. Pero ella se debatió, resistiendo con todo su cuerpo anudado.

Fuimos torpes, se culpa la beguina. Demasiadas prisas. Sentada a la mesa de la cocina, rompe en pequeños fragmentos un trozo de corteza de plátano, y luego uno de sauce, y los echa en el recipiente lleno de agua —dos porciones de sauce por una de plátano—, agrega una punta de agrimonia, mezcla el conjunto y pone el recipiente en el fuego. Contra la fiebre, el remedio es soberano. Pero ¿contra la ira? Porque claramente es ira lo que agita a la chiquilla, tanto como el miedo.

Ysabel ha pedido que tiendan una tela para aislar el jergón donde la han instalado en la gran sala del hospital. Para que ella se calme y se sienta segura, y las otras enfermas, también. Las pacientes recostadas en las camas vecinas han visto lo que la niña escondía debajo de la capucha. El lazo que retenía su pelo se deshizo mientras rechazaba los gestos de consuelo. Y entonces cayó sobre sus hombros una mata espesa de un pelirrojo fuego.

En el hogar, la decocción llega rápido a hervor, tomando un color amarillento. La herborista levanta la cremallera; deja cocinar a fuego lento el líquido mientras reflexiona. Un remedio contra la ira... Por supuesto.

Se levanta el vestido y trepa por la escalera de madera que lleva al piso superior. Arriba, la puerta se abre sobre una única habitación, que sirve a la vez de salón y de cuarto. No dispone de fogón, pero el conducto de la chimenea bordea el muro, aportando el calor suficiente, incluso con estos fríos, para volverla vivible.

Cerca de la cama hay un baúl de roble oscuro, adornado con hierro forjado en forma de tallos estilizados. El único bien que se trajo con ella, un regalo de su primer marido. Ysabel levanta la tapa, aparta unas camisas de lino y unas túnicas de lana, y del fondo retira un cofre calado. En el interior guarda las joyas que no muestra desde hace años. Pero no es eso lo que necesita. Sus manos hurtan entre los anillos y los brazaletes y terminan por reconocer, por su dureza angulosa, el objeto que busca.



Fuera, hace todavía más frío que los días anteriores. El suelo está resbaladizo por el hielo, el cielo, congelado. La beguina lo contempla por un momento. No caerá nieve, la temperatura ha bajado demasiado. Los sargentos van a recoger nuevos cadáveres en las chozas abandonadas y los terrenos baldíos del casco urbano. A menos que los perros los encuentren antes.

Como el jardín de las plantas medicinales y el huerto, el hospital está situado entre el lado sur de la capilla y la muralla, al abrigo de las idas y venidas. Lo flanquean unas diez viviendas con piso superior, alineadas en dos filas, otorgadas en prioridad a las compañeras de mayor edad o a las que desean más soledad para dedicarse a la plegaria. Ahí, por comodidad, reside Ysabel. Al otro lado de la capilla, que divide de alguna manera el solar en dos, se halla el gran patio alrededor del cual se apretujan la mayoría de las habitaciones, entre las que está la de la mentora, y la casa común donde se recibe a las más jóvenes y a las menos adineradas.

Mientras bordea el edificio bajo, todo a lo largo, donde se recibe a las enfermas, la anciana beguina anticipa la mirada inquieta de Agnès. Ésta hace lo mejor que puede, pero los rumores comienzan a susurrarse en el dormitorio, los miedos se propagan, amplificados por la debilidad de los cuerpos y las mentes, el dolor y las noches sin sueño.

¡Rufus, el pelirrojo! La injuria con la que los monjes se atacan al pelearse. Pelirrojo, color maldito, color de traidor. El pelo rojo de Judas y Caín; de Esaú, que vendió a su hermano por un plato de lentejas; de Ganelón, que envió a la masacre a Roland y a sus compañeros. El color de las llamas del infierno que queman sin iluminar. De Satán y sus maleficios. De los niños engendrados durante las menstruaciones de sus madres. Hace unos días, el Abad de Sainte-Geneviève expulsó de la ciudad a una chiquilla, Emmelote, que tenía por único defecto haber nacido con el cabello flamígero. Pero seguro que, más que por su melena, se rebela Ysabel, fue expulsada por ese cuerpo juvenil que la condena a la maldición.

Si el pelirrojo fuera un color tan malo, ¿por qué Dios lo habría puesto en el flanco de los hermosos caballos que ella montaba antaño en las tierras de su propiedad, o en el cuello de las ciervas que atrae la luz cuando se inclinan con ternura sobre su cervatillo recién nacido?

★ ★ ★

Del cinturón de la herborista cuelga el hatillo que nunca la abandona. Ahí ha guardado el presente que destina a su joven enferma, con una cantimplora llena de su preparación a base de cortezas y flores y otro frasco que contiene un vino espeso, adicionado con una decocción de adormidera. Sólo unas gotas, nada más. Pero, antes de que la pequeña acepte sus remedios, va a tener que hablarle.

Ysabel empuja la puerta. Ya está en el dormitorio común. Está bien caldeado por el fuego que llamea en el hogar, mantenido por las jovencitas que le brindan ayuda a Agnès. Las camas, alineadas a cada lado del pasillo, están provistas con sábanas de algodón blanqueado con jabón y ceniza. Las fumigaciones de hinojo y eneldo que hacen varias veces al día perfuman el aire con un aroma anisado. Ysabel está satisfecha. El hospital es, de hecho, infinitamente más modesto que el Hôtel-Dieu, pero está bien mantenido.

Unos diez jergones están ocupados ese día por compañeras ancianas y mujeres pobres del vecindario. Muchas sufren de enfriamiento, una se repone con dificultad de su parto. No hay marido, el niño fue confiado a una vecina. La beguina espera que la madre mejore, pero la pobre mujer ha perdido mucha sangre y no se alimenta.

Ysabel pasa entre las camas, rozando con la mirada a unas y a otras, y se detiene un momento cerca de la anciana Cathau, cuyo estado se agravó hace algunos días. Sus ojos están cerrados, pero ha dejado de gemir. Su respiración apenas levanta las dos mantas que pusieron sobre ella. Ysabel ajusta la tela anudada alrededor de su cabeza, escrutando con ternura el rostro donde han aparecido nuevas sombras. Luego prosigue su deambular al encuentro de Agnès, que aparece al instante detrás del biombo preparado para la recién llegada al final de la sala.

—Sigue sin comer nada —dice en un murmullo.

—¿Ha bebido un poco de agua?

—Rechaza todo lo que le traemos.

—Hay que dejarle un vaso al pie de la cama, y un plato. Que coma cuando esté sola.

—¡Es lo que he hecho!

Los rasgos se crispan, poco agraciados. El rostro de Agnès es una renuncia. Comisuras de la boca, arrugas, pliegues de la piel cayendo hacia abajo, como si una mano se hubiera plantado encima y hubiera querido borrarle los rasgos. Sólo sobresalen la

nariz, puntuda, y el entrecejo curvado, donde se incrustan unas cejas negras.

—Ve a descansar, Agnès —sugiere la intendenta—, me ocupo de ella y de las demás.

★ ★ ★

La chiquilla sigue vestida con su esclavina sucia; la capucha le cae sobre el rostro. De ella, Ysabel no distingue más que un mentón agudo y una rodilla angulosa que sobresale a través de las calzas destrozadas.

En el suelo, al lado del jergón, se ha enfriado un bol de sopa, la buena grasa de gallina fijada en círculos turbios sobre el caldo dorado.

Ysabel guarda silencio. Ha notado, por una ínfima rigidez, que la niña es consciente de su presencia. Se sienta con tranquilidad en el borde de la cama y aguarda en silencio.

A través de la tela aceitada, tensada en el marco de la ventana, se desliza un rayo de luz turbia que cae sobre el hombro y la espalda de la pequeña. Ysabel apoya una mano liviana sobre la sábana. Del otro lado de la tela que aísla la cama, una mujer se aclara la garganta. Otra tose largo rato. Luego el silencio vuelve a instalarse, sólo alterado por los chasquidos de la madera que se consume en el hogar. Poco a poco, por el movimiento ligero de la sábana bajo su palma, Ysabel siente que la chiquilla se relaja.

Espera un poco más, y después empieza a explicar:

—Niña —dice—, yo era revoltosa, fuerte de carácter. Nada me gustaba más que galopar en los bosques.

En la cama, la pequeña se pone rígida de nuevo. La narradora marca un tiempo de pausa, y luego retoma en voz baja, neutra primero. Sabe que el ritmo de sus palabras, la fuerza o la dulzura que les pone, los silencios que maneja entre ellas son tan importantes como su sentido.

—La propiedad de mi padre se encontraba a unas millas de Autun. Teníamos prados y bosques, tierras que daban trigo y racimos pesados. Cada final de verano, yo llevaba mi caballo a lo largo de los campos junto a mis hermanos. Mirábamos las espigas madurar y amarillear hasta el momento en que nuestro padre ordenaba que se iniciara la cosecha.

La chica está ahora atenta, Ysabel lo nota. Esta atención debe ser el hilo que guía su relato.

—Y luego crecí. Me pidieron que me quedara en la casa para aprender lo que deben saber las jovencitas. Pero, al quedarme sentada, con las manos en mi bastidor de bordado en vez de en las riendas de mi yegua, mi sangre empezó a hervir. Mi vivacidad se volvió ira. No entendía que se me privara de lo que me gustaba, el aire libre, el viento en las mejillas, el perfume de la montura después de la cabalgata.

»Esta ira empezó a devorarme. Era como un fuego. Mis entrañas se retorcían, mi garganta quemaba por escupir palabras que no deben pronunciarse, mi cabeza se chocaba con ideas que no podían salir de ahí. Entonces, un día, a mi gobernanta le cerré la puerta en las narices y corrí a buscar a mi caballo a las caballerizas. Mi hermano mayor me persiguió, me arrancó de las manos las riendas... y no sé qué me pasó, pero me lancé sobre él.

En ese momento la niña se mueve, de un modo imperceptible, como para acercarse a la fuente de la voz. La capucha se le desliza, develando la curva de la mejilla.

—Mi hermano me corrigió. Con dureza. Me golpeó con su látigo hasta desgarrarme el vestido, mi piel sangró y se llenó de moretones, y luego me encerraron un mes en mi cuarto.

Ysabel marca una nueva pausa. Se acerca a la niña salvaje en el jergón conteniendo el aliento.

—Pero éste fue sólo el comienzo de la historia. Lo importante viene después. Una noche, mientras todos dormían en la casa, mi abuela se escabulló y vino a mi cama. Me habló. Me dijo

que la ira, la ira del corazón y de la boca, la ira de los miembros arruinaba el cuerpo y el alma. Pero, como yo todavía era una niña, y no tenía la fuerza y la sabiduría para combatirla, me dio un regalo.

Ysabel se levanta, desliza la mano en su hatillo. Deja la piedra en el rayo de sol, justo al lado del rostro de la chiquilla. Los cristales groseramente tallados capturan la luz, tiñéndose de un azul pálido, casi transparente.

—Es una aguamarina, una gota de mar. Basta con sostenerla en la mano y mirarla para que la ira se disuelva. Me ha servido muchas veces. Te la presto el tiempo que la necesites.